

Uno. La opinión y la presencia entre nosotros de *Francuccio*, criado en Barbiana desde muy niño (junto a su hermano Michele Gesualdi), ambos acogidos en familia por don Milani, es lo más OFICIAL que podemos encontrar 50 años después.

Dos. Pero también lo es la realidad actual salmantina, que nació en 1971 bajo la única guía de *Carta a una maestra*, y hoy vive bajo el liderazgo creativo y sorprendente de Jesús Garrote.

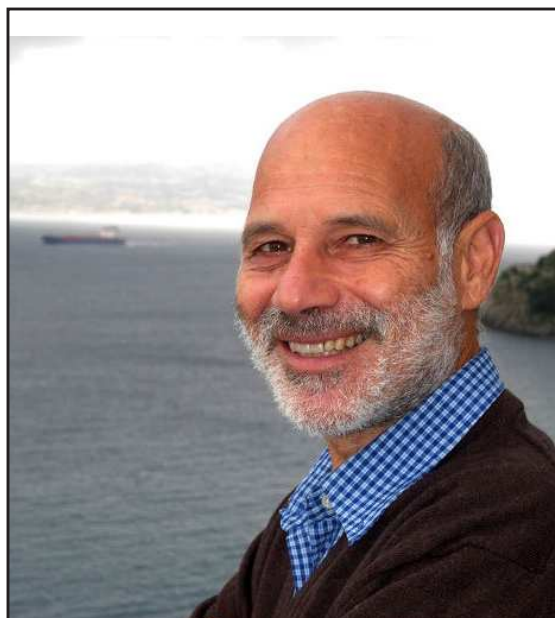
Uno. **¿Todavía actual la Carta a una maestra?**

LA ESCUELA COMO DERECHO A LA SOBERANÍA ORIENTADA AL BIEN COMÚN

Francesco Gesualdi (Vecchiano, Pisa)

1 No soy un hombre de escuela. No doy clase y siempre he hecho otros trabajos. ¿Qué título tengo para hablar de escuela? La respuesta la da *Carta a una maestra* en la primera página: “este libro no se ha escrito para los profesores, sino para los padres. Es una invitación a organizarse”. Esa invitación es el primer mensaje aún actual de la *Carta*: subraya que la escuela no es un asunto privado de los profesores o del Ministerio de Educación. Uno de los padres de la Constitución italiana, Piero Calamandrei, dijo que la escuela es un “órgano constitucional” por ser un elemento constitutivo de la democracia. La democracia sólo existe si todos los ciudadanos son plenamente conscientes de la realidad, y si disponen de las herramientas necesarias para poder participar; es decir, para entender la opinión de los demás y saber expresar la suya propia. El lugar donde se proporcionan las herramientas de la participación es la escuela y, por lo tanto, se eleva automáticamente al rango de un órgano constitucional.

De la escuela tenemos que ocuparnos todos, no sólo por ser decisiva para la democracia, sino también por poder modificar el rostro mismo de la sociedad. De hecho, en la escuela no sólo se transmiten conocimientos, sino que se estructuran las actitudes mentales y los comportamientos



cruciales para el funcionamiento social. La sociedad será justa o injusta, democrática o autoritaria, individualista o solidaria, sostenible o vandálica, según la forma de pensar y de sentir de los ciudadanos. Lo que depende en gran medida de cuanto recibieron en la escuela, porque la infancia es el momento de estructurar los conceptos, las actitudes, las costumbres. Si tenemos una escuela teórica, selectiva, despótica, seremos unos ciudadanos sumisos, indiferentes, egoístas, que apoyarán una sociedad competitiva, represora, individualista. Si, en cambio, tenemos una escuela de reflexión, inclusiva, solidaria, saldremos

LO
OFICIAL
LA



ciudadanos críticos, responsables, altruistas para mantener una sociedad cooperativa, democrática, respetuosa con todos. No es casual que la escuela, junto a la información, representen siempre la avanzadilla de lo que quiere alcanzar cualquier poder. Por eso mismo, *Carta a una maestra* invita a los padres a organizarse: para que la escuela sea realmente un verdadero instrumento al servicio de la democracia, de la igualdad, de la elevación humana y social de cada uno.

2 Aclarado el importante papel de la escuela, hay que saber si *Carta a una maestra* todavía tiene algo importante que decir a la sociedad de hoy. La pregunta es legítima porque la sociedad a la que se refería *Carta a una maestra* ya no existe, al menos en esta parte nuestra de Europa. La sociedad de la *Carta a una maestra* era una sociedad rural y, la de hoy, ya ni siquiera es industrial (ni agraria), sino del tercer sector productivo y dominada por la informática, la comunicación y las biotecnologías.

En lo social y político la *Carta* aún tiene enorme actualidad. El panorama ha cambiado poco y, en algunos aspectos, incluso ha empeorado. En lo económico y tecnológico, la *Carta* pertenece a otra era geológica.

3 *Carta a una maestra* es básicamente una denuncia contra la actitud selectiva de la escuela. ¿Es una acusación superada o todavía actual? Mi respuesta es que, por un lado, todavía es actual, pues aún no veo una escuela acogedora (inclusiva). Y, por otro lado, los grupos de la gente más débil han cambiado, pero no han desaparecido. Como decía el [escolapio italiano] P. Balducci, **las Barbianas del mundo siguen siendo muchas y hasta existen en medio de nuestra Europa.** La novedad es que ya no están en mitad del campo, sino en los suburbios, entre familias inmigrantes y sin trabajo. Sus hijos aún tienen grandes dificultades para estudiar, debido a la condición de sus viviendas, a la Babel de lenguas en que están metidos, a la falta de una familia que pueda seguirlos. Esa es la importancia de estar atentos para que la escuela abandone su actitud de criba y de tribunal y se ponga más bien a ayudar a los últimos.

4 **La *Carta a una maestra* representa una batalla a favor de los derechos.** No hay que verla sólo como una defensa corporativa de los sectores más débiles, como una lucha contra la discriminación. Poco a poco estamos perdiendo el concepto de derecho, que es la base de nuestra civilización moderna; y vale la pena volver a descubrirlo. El derecho parte de reconocer que hay necesidades que todos han de tener la oportunidad de satisfacer, al margen del sexo, la edad, la raza, la renta. Necesidades que todos han de poder cubrir, no por méritos especiales, sino por el hecho de existir.

El concepto de derecho lo forjó la burguesía contra los privilegios de la nobleza, así que no hay que sorprenderse si al principio sólo incluía el derecho a la libertad, a la propiedad y a la vida.

Al aumentar la presión popular el concepto de derecho se extiende también a aspectos económicos y sociales, como el agua, la vivienda, la salud y, no menos, la enseñanza. La afirmación definitiva es que todos tenemos acceso a estos servicios, aunque no podamos pagarlos, porque afectan a la dignidad. La clase mercantil de los comerciantes, que desde la época de la Revolución francesa domina el mundo, nunca ha visto con buenos ojos que se amplíen los derechos, porque se oponen a sus intereses. Y es que el derecho va unido inevitablemente a otra idea: la gratuidad. Si queremos garantizar las necesidades básicas de todos, incluso de quien no tiene dinero, hay que hacerlo de forma gratuita. Es decir, a cuenta de la comunidad; la única que no ofrece sus servicios mediante el mecanismo de la compra-venta, sino de la solidaridad.

Pero semejante panorama perjudica mucho al mercado, pues cada servicio que ofrece la comunidad es para él una oportunidad menos de negocio. No es casual que la clase mercantil haya desarrollado e impuesto la llamada *visión neoliberal*, que niega a la comunidad todo tipo de intervención en la economía, para dejar todo el espacio libre al mercado.

La ruta seguida para oponerse al avance de la comunidad y afirmar, en cambio, el dominio del mercado, es negar el concepto de derecho. Según



la cantinela mercantil no es el derecho el que da a los ciudadanos la posibilidad de satisfacer sus propias necesidades, sino su mérito, o sea, su capacidad de lograrlo o no. Como quien dice: sólo los fuertes, los rápidos, los inteligentes, los ricos pueden satisfacer sus necesidades, mientras que los otros deben renunciar. O, como máximo, deben confiar en la buena voluntad de las personas de éxito. Victoria de la caridad, derrota de los derechos.

El debate entre el mérito y los derechos ahora es muy actual, porque el mercado se ha empeñado en meter mano en servicios que siempre se han gestionado de forma pública, porque se consideraban derechos. En gran parte de Europa, el agua, el transporte, la energía, las comunicaciones son servicios que ya están bajo gestión privada y, ahora, el nudo se aprieta cada vez más en torno a la escuela y a la sanidad. Quizás sea por eso por lo que la escuela pública se inclina cada vez más hacia la meritocracia. Y esto hace mucho más actual la *Carta a una maestra*, porque, hace ya 50 años, criticaba las notas, los exámenes, los privilegios, las repeticiones, como signo del principio del mérito frente al del derecho.



Carta a una maestra afirma en términos muy claros que hay que organizar la escuela para garantizar el derecho de todos a saber. Pero ¿con qué propósito? El objetivo de la escuela, según la ideología dominante, es triunfar, hacer carrera.

5 Pero motivar con el triunfo y la carrera no arraiga en los chicos, porque el egoísmo no pertenece al espíritu juvenil. Así que, la escuela se ve obligada a usar las notas y los suspensos para asustar y espolear a los chicos a estudiar. Sin embargo, **la Carta asegura que el saber sirve para tres funciones** o peldaños de una misma escalera: 1) la dignidad personal; 2) la soberanía; 3) la búsqueda del bien común.

1) **La dignidad** se entendía en Barbiana como el indicador del dominio de sí y de la propia conducta: una persona digna es la que no sufre pasivamente su propia condición, ni se adapta con docilidad al comportamiento dominante porque “así lo hace todo el mundo”. La persona digna piensa siempre antes de actuar y se confronta siempre con sus propios valores; elige en cada ocasión lo que le parece más correcto y más justo, aun a costa de ir contra corriente y desobedecer el orden establecido. **La antítesis de la dignidad son las modas**; adaptarse al comportamiento de todos sólo por seguir al rebaño. Por eso la *Carta* pide a la escuela defender a los chicos contra las modas y, sin meterlos bajo una campana de cristal, enseñarlos a pensar y a no hacer nunca nada sin revisarlo antes con la propia cabeza. En Barbiana “el Priore” – como le llamábamos a don Milani – nos espoleaba constantemente para hacernos pensar, y se ponía furioso si uno no sabía argumentar sus opciones.

Hoy tenemos que pedir a la escuela que nos defienda también de los populismos, los movimientos que hacen sus prosélitos prometiendo responder al malestar, a la ansiedad y al miedo de la gente, y se apoyan en el egoísmo y la simpleza. Y cuando la gente ya no piensa con la cabeza, sino con la barriga, se convierte en presa fácil de quien todo lo teje con el concepto “mío”. Si perdemos la capacidad de un pensamiento mínimamente articulado, resultamos una presa fácil para quienes culpan

a los pobres y a los diferentes como los únicos responsables de cuanto no funciona. Uno de los antidotos más poderosos contra el avance de los populismos es garantizar más seguridad económica, a través de un reparto más equitativo del trabajo, de la renta y de los servicios públicos. Pero estas medidas sólo lograrán librarnos de la esclavitud de los nacionalismos y de la xenofobia, si hay una ciudadanía capaz de analizar y de pensar.

2) **Soberanía** significa literalmente “poder que está por encima” y en una democracia pertenece a todo el pueblo sin distinción. Es una de las formas más altas de manifestar la dignidad. Sin embargo, para que la soberanía popular sea realidad, hay que garantizar algunas condiciones: entre ellas, una adecuada preparación de los ciudadanos. De ahí, el papel fundamental de la escuela. Si un sistema cree realmente en la democracia, debe poner la escuela en el primer puesto y asignarle como tarea principal educar a la soberanía. En concreto:

Para ejercer la soberanía se requieren dos herramientas básicas: conocer la realidad y el lenguaje. Conocer la realidad para comprender lo que no marcha bien y saber señalar lo que se tiene que cambiar. El lenguaje, para poder entender la opinión ajena y expresar la propia. Pero el lenguaje también es crucial para conocer la realidad y por eso ocupaba en Barbiana el puesto principal del programa escolar. Por otra parte, también hay que dar a los chicos un mensaje clave: la realidad cambia constantemente, así que no podemos concebir el estudio como una actividad circunscrita al tiempo que dura la escuela. Al contrario, debe ser una actividad de toda la vida y, por lo tanto, el objetivo de la escuela no es proporcionar todos los conocimientos, sino las herramientas clave para que cada uno se pueda seguir formando e informando toda su vida.

Carta a una maestra dice que “la lengua se compone de palabras de todas las materias. Por lo que es preciso hojear, más o menos, todas las materias para enriquecer el lenguaje. Ser aficionados en todo y especialistas solo en el arte de hablar”. Por eso, una escuela orientada a la soberanía insiste lo suficiente en las materias

técnicas como para ampliar el lenguaje y dar las herramientas básicas para arreglárselas y ser autónomo en matemáticas, física, dibujo, biología. Y además, insiste sobre geografía, economía, fórmulas sociales y, sobre la historia, aclara que la escuela mira al futuro, no al pasado. En este terreno no hay que olvidarse de explicar a los chicos los mecanismos del poder. Hay que decirles que el poder se basa en el consenso que, al mismo tiempo, es su fuerza y su debilidad. Su fuerza, si logra convencer a sus súbditos de que se comporten como él quiere. Y su debilidad, si los ciudadanos responden de una forma crítica; es decir, si saben que no votamos sólo en las urnas, sino también cuando vamos al supermercado, al banco o al quiosco de la prensa. Hay que votar sobre la historia de los productos y sobre las decisiones sociales y medioambientales de las empresas; mandar un mensaje de acuerdo, si compramos y, de no estarlo, si no compramos. Y, como nuestro consumo es crucial para las empresas, las obligamos con nuestras opciones a amoldarse a nuestros valores. Por esta razón la escuela debe enseñar también, entre las herramientas de participación, el consumo crítico, el ahorro responsable, la objeción fiscal.

Todo lo que se estudia, incluso la manera de aprender, es decisivo para la formación del ciudadano. **Yo insistiría en tres aspectos metodológicos:**

1º, la escuela ha de abrirse constantemente al mundo mediante la lectura del periódico y el encuentro con personas que aportan aspectos importantes de la realidad.

2º, la soberanía se tiene que vivir ya en la práctica escolar: hay que estimular el debate, la profundización, el pensamiento.

3º, hay que emplear formas de estudio que acostumbren a los chicos a protagonizar su propia formación.

3) **El bien común** es otro concepto muy querido por *Carta a una maestra*. En sus primeros párrafos se lee: “he aprendido que el problema de los demás es igual al mío. Salir de él todos juntos es la política. Salir solo, la avaricia”. Política viene de *polis-ciudad* y significa gobernar la comunidad. Coincide exactamente con el



objetivo de la soberanía: administrar juntos el poder para encontrar soluciones comunes a los problemas comunes.

Hoy en día, hacer política resulta más complicado que ayer, pues hay que ser capaces de realizar dos funciones al mismo tiempo: solucionar los problemas contingentes y sentar las bases de un cambio de sistema.

Hasta ayer, el problema principal era la mala distribución de la riqueza. Algo gravísimo que estaba y sigue estando en la base de muchos otros problemas: las desigualdades Norte-Sur, las guerras, las migraciones en masa, las crisis económicas, el desempleo, el aumento de la pobreza en todas partes.

El sistema se resiste siempre mucho a las exigencias de justicia y, si hace alguna excepción, es sólo cuando asoma el crecimiento. De hecho, en la segunda mitad del siglo pasado, cuando Europa atravesaba por un crecimiento sostenido, la social-democracia se estableció en muchos países. Estaba marcada por una baja tasa de desempleo, por rentas medio-altas y por una

buena seguridad social. Después, bajo los golpes del neoliberalismo, de la globalización, de la crisis financiera y de la austeridad, el crecimiento se ha detenido y ha provocado por todas partes aumento de la desigualdad, desempleo y pobreza. Sin embargo, **el auténtico límite del crecimiento hoy no proviene del interior del sistema, sino del exterior.** Del planeta, que, tras dos siglos de crecimiento obsesivo, da señales de agotarse, tanto en el plano de los recursos, como de los residuos. Se nota en la crisis del agua, en el empobrecimiento de los mares, en el exceso de anhídrido carbónico, en los cambios climáticos. La imposibilidad del crecimiento preocupa a los progresistas, no sólo porque reduce las áreas de la igualdad, sino sobre todo porque amenaza el trabajo, que es la única forma de ganarse la vida al alcance de la mayoría. De hecho, nuestro trabajo es un trabajo asalariado, a disposición de las empresas privadas, montadas para vender. Si venden, el trabajo se mantiene; de lo contrario, se destruye. Por eso, **nuestro gran desafío actual es reorganizar la economía para garantizar a todos un trabajo y una vida digna, sin aumentar ni el consumo ni la producción.**

El reto no es fácil, pues se requieren **varias revoluciones** para lograrlo: **una**, en los estilos de vida; **dos**, en la concepción del trabajo; **tres**, en el papel que se dé al mercado; y, **cuatro**, en el papel de la economía pública. Se vislumbran algunos cambios aquí y allá, pero la reflexión sobre estos temas todavía va muy retrasada. Y, sin embargo, si hay un lugar para encender ese debate, es en la escuela, recordando las palabras escritas por don Lorenzo Milani en otra carta suya, la *Carta a los jueces*: la escuela y “el maestro debe ser profeta, en lo posible, escrutando los *signos de los tiempos*, adivinar en los ojos de los muchachos las cosas bellas que ellos verán claras mañana y que nosotros sólo vemos confusamente”.

La crisis medio-ambiental es el nuevo elemento que nos cambia totalmente el escenario y que nos obliga a tomar opciones inéditas hasta ahora. La escuela tiene la responsabilidad de ayudar a equiparse a los jóvenes para que las sepan identificar. Pero para eso debe dejar de ser un lugar del saber y **transformarse en un lugar de profecía.** Esta es la gran tarea que nos espera.